



---

CURIOSO

PARLANI

---

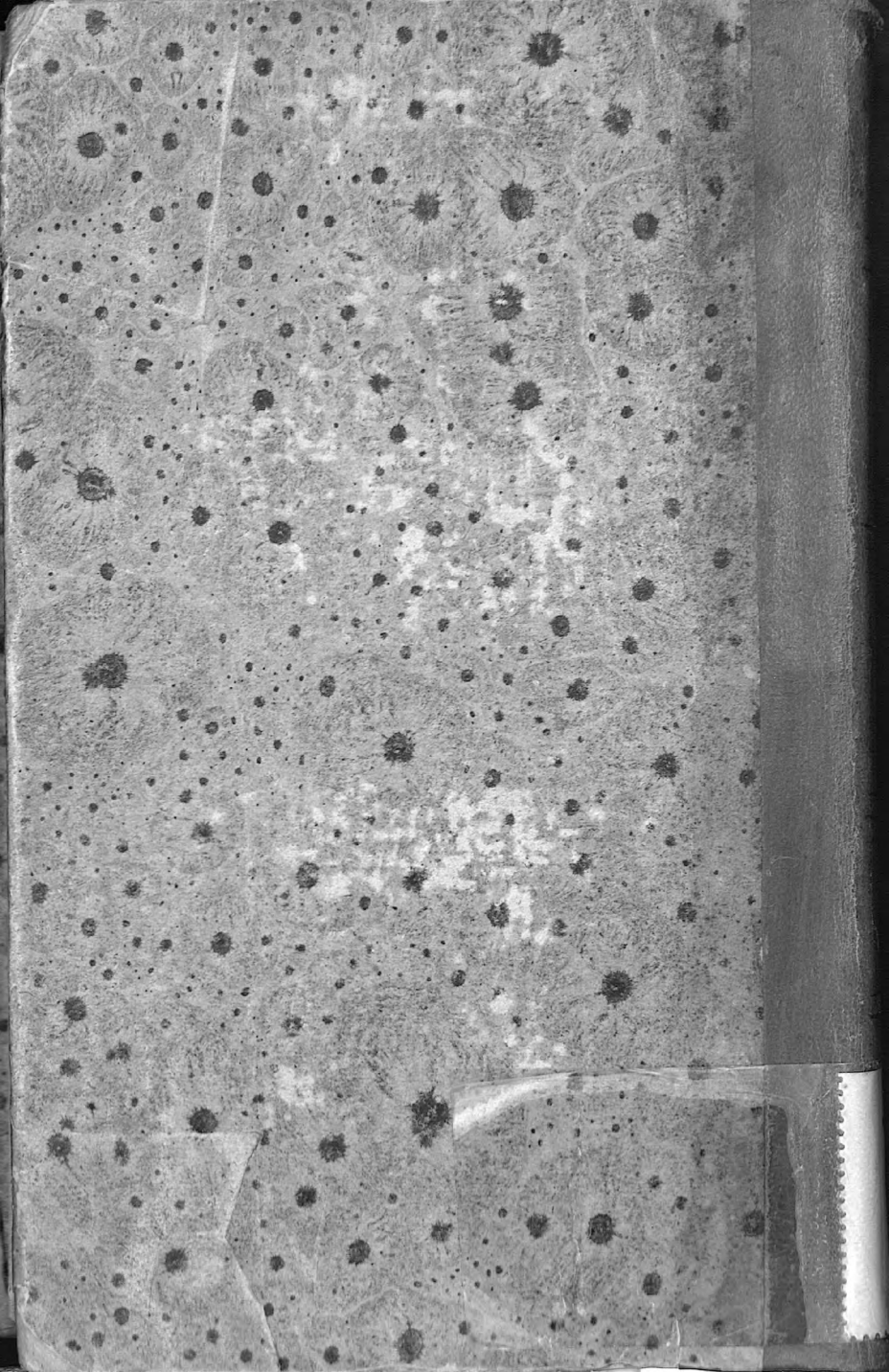
3

3

1571

33

88

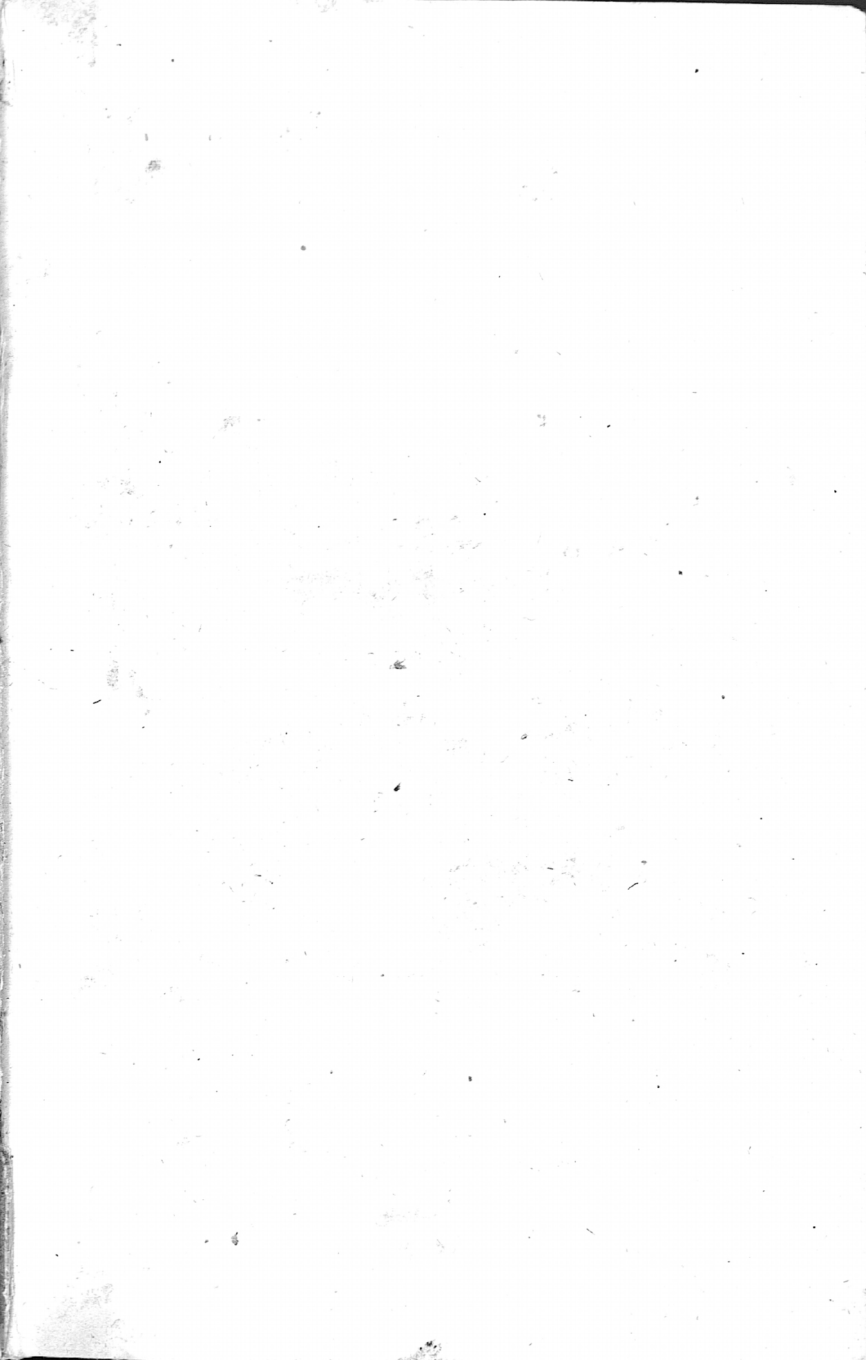


321 pág - 1 hoja - 2 láminas.

R.C



*Así Maria Du...*

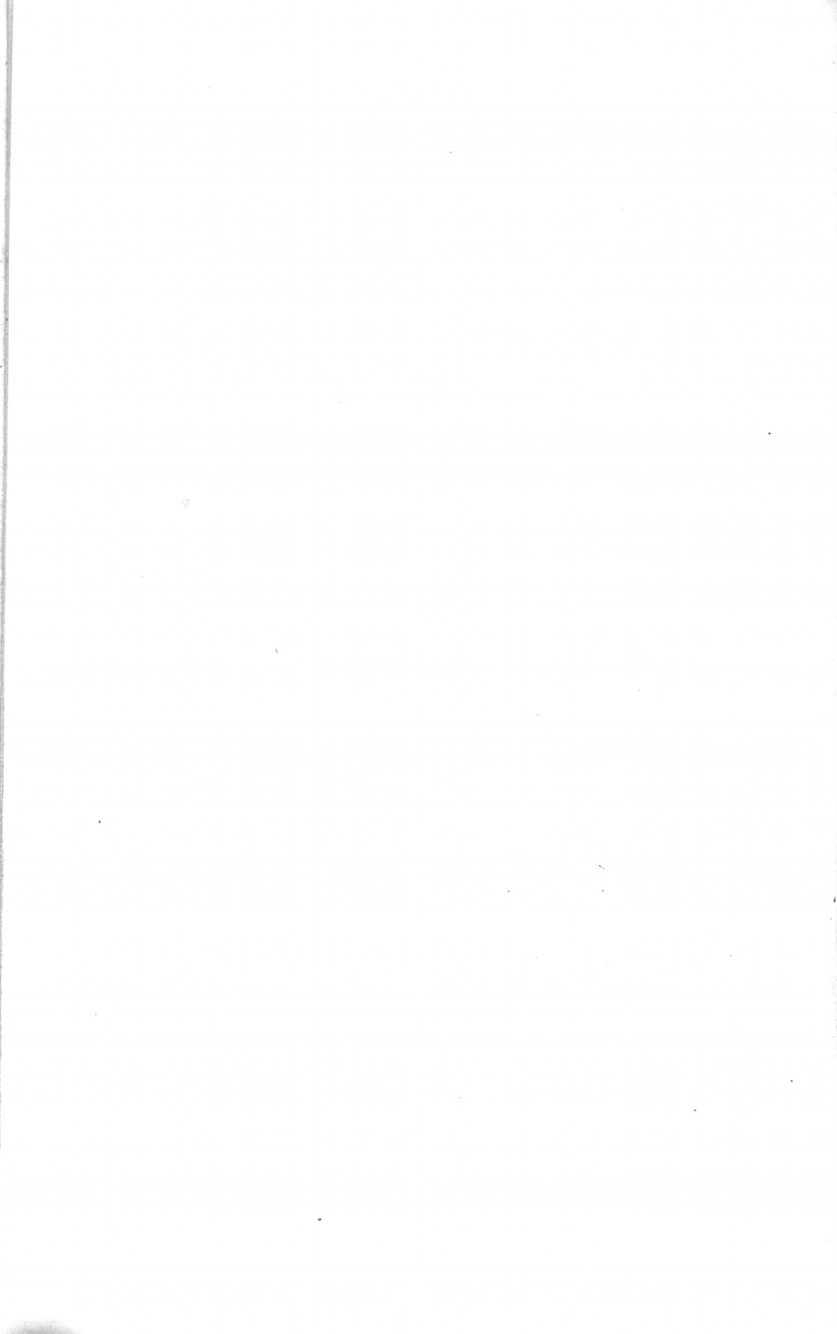


A-1097/3

R  
31342

# Panorama

MATRITENSE.





PANORAMA  
**MATRITENSE.**

Cuadros de costumbres

DE LA CAPITAL,

observados y descritos

POR


EL CURIOSO PARLANTE.

---

TOMO TERCERO.

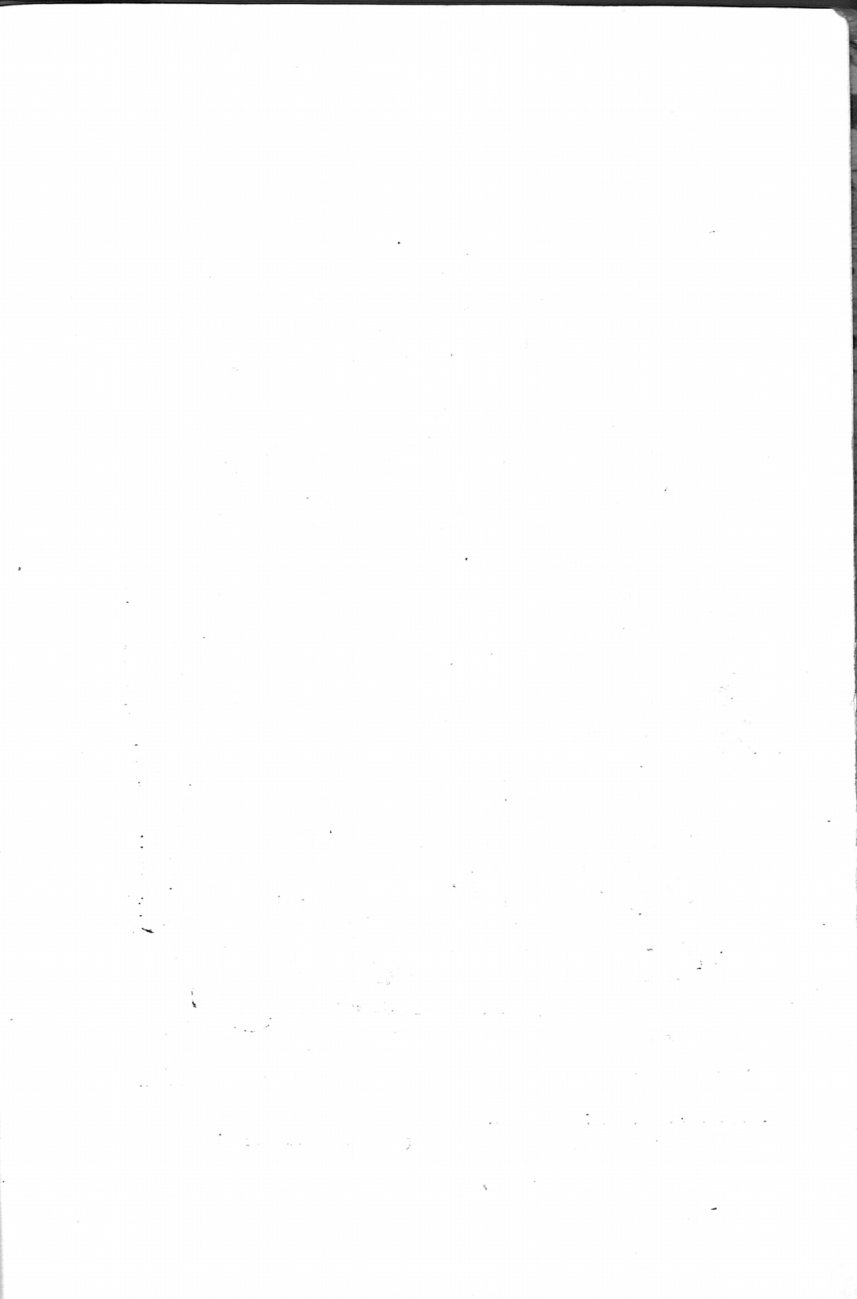
---

MADRID.

mprenta de Repullés.

1838.







..... el círculo de serenos se estrecha , y se encuentra el mal-  
hechor en medio de ellos.....

(MADRID A LA LUNA.)

# PANORAMA

## MATRITENSE.



En calle.



«Yo, Talia, en despedirte,  
y tú en que me has de querer,  
tijeretas han de ser.»

*Iglesias.*

Cierto que es preciso haber nacido con una inclinacion bien pronunciada hácia la observacion de las costumbres para pretender seguir describiendo las nuestras en los tiempos de rápida transicion y de movilidad prodigiosa que alcanzamos. Si la primer circunstancia recomendada por el artista para obtener la semejanza de un retrato es la inmovilidad impasible del original, ¿cómo pretender alcanzar aquella, cuando el modelo se cambia y agita en todas direcciones y á cada momento, y ora rie, y charla y se envanece haciendo pomposo alarde de su arrogancia, ora se lamenta y escon-

de como para ocultar su abyeccion y miseria? ¿Cómo y en qué momento sorprender á un ave que vuela, á un niño que crece, á una rueda que gira, á un pueblo antiguo, en fin, que desaparece y se confunde en otro nuevo, que renuncia lo pasado y sacrifica lo presente por entregarse á las ilusiones y esperanzas del porvenir?

Y cuenta, señores lectores, que aqui no voy á tratar de los grandes acontecimientos políticos que diariamente vemos sucederse en nosotros; mi particular condicion me mantiene á una distancia respetuosa para querer ocuparme en ellos, y nunca mi modesta pluma lo ha pretendido ni aun intentado. En este punto digo con *Mercier* "Pasajero en el navío no pretendo gobernar al piloto." Empero aquellos acontecimientos, aquella vitalidad asombrosa de este siglo del vapor que atravesamos, imprimen á las costumbres su reflejo, prestan al nuestro su carácter rápido é indeciso, y bajo este aspecto entra en la jurisdiccion del curioso el considerarle no ya en los profundos y enmarañados bosques de la ciencia política, no en el animado cuadro de la historia contemporánea, sino en el no menos armónico y consecuente de los usos y costumbres populares. Quédese para espíritus mas elevados, para plumas mejor cortadas, el indagar y desenvolver las causas; mi natural cortedad me limita á los efectos mas pequeños y palpables.

Reducido á este estrecho recinto, apenas lle-

gan á mi noticia los acontecimientos públicos; ni frecuento los salones políticos, ni los señores periodistas de todos los colores del iris ven mi nombre en las listas de sus abonados, ni el cartero sabe las señas de mi habitacion, ni en los cafés hago otra cosa que beber, ni pueden quejarse de mí las tiendas de la calle de la Montera ni las losas de la Puerta del Sol. Pero en medio de este aislamiento, y cuando las ideas vienen, por decirlo así, á materializarse, no puedo menos de observar en ellas la marcha de este siglo correton, y que parece va huyendo de su sombra. Como de paso, y desde el ventanillo de una diligencia, veo sucederse los hombres y las cosas, cual se suceden en un camino los troncos y los brutos, y multiplicada la rapidez con que ellos marchan, por la rapidez con que yo vuelo, viene á producirse en mi imaginacion un resultado tal de movimiento, que apenas acierto á bosquejar en ella ni aun los objetos mas notables.

Asi que procediendo por impresiones del momento y sin ningun conocimiento de causa, no es extraño que lleguen á sorprenderme las cosas que me ocurren al paso, y que á falta de conocer su objeto, venga á deducir consecuencias que por lo naturalmente simples y materiales pudieran figurar airosamente en el diccionario de Pero Grullo. Por ejemplo:

Cuando recorriendo de esta manera las calles de nuestra capital, veo darse tanta prisa á derri-

Bar edificios, supongo de buena fé que habria sobra de ellos; cuando miro construirse anchas aceras y cuidarse de la mayor comodidad de los pedestres, entiendo que acaso vayan á suprimirse los coches; cuando advierto la riqueza escitante de las tiendas, calculo la ingrata esquividad de los compradores; cuando reparo en la elegancia y profusion de nuestras boticas, saco la consecuencia del profundo saber de nuestros médicos; la variedad y confusion en los trages me hace sospechar la que reina sin duda en las opiniones; la enciclopédica ostentacion de los esquinazos de la Puerta del Sol me pone al corriente del estado brillante de nuestra literatura; y la grata diafanidad de los nuevos faroles me convence plenamente de que estamos en el siglo de las luces.

Mas ¡oh contraste! ¡contraste verdaderamente romántico y teatral! cuando miro el empedrado de algunas calles, las casas á la malicia, los calesines desvencijados, las escaleras de la plaza, los tocadores al sol de la calle de Lavapiés, la fuente de la Puerta del Sol, las droguerías de la calle de Postas, el teatro de la Cruz y la fachada del Hospicio, entonces como que prescindo de todo lo demas que vi, y recuerdo entre sueños el Madrid pasado, aquel Madrid de la clásica antigüedad que cada dia me veo precisado á arrancar hoja á hoja del *Panorama* y del *Manual*.

Vuelvo á repetirlo; el espectáculo de nuestras costumbres actuales, de estas costumbres inde-



cisas, ni originales del todo ni del todo traducidas, ni viejas ni nuevas, ni buenas ni malas, ni serias ni burlescas; esta mezcla de nuestros propios gustos con los gustos aprendidos en el extranjero; este refinamiento de lujo al lado de la mas espantosa miseria; esta inconstancia de ideas que nos hace abandonar hoy el proyecto de ayer y deshacer lo hecho solo porque ecsiste, y ensayarlo todo y todo ecsagerarlo, y llevar el género clásico-retrógrado hasta dormir, y el romántico-progresivo hasta accidentarse; y silbar á los unos y á los otros; y matarse porque se escriba, y luego no comprar un libro; y correr desde los toros á la ópera italiana, desde la tribuna al sermon, desde las sociedades políticas al Prado, desde lo alto á lo bajo, desde lo pasado al porvenir, y desde lo presente á lo pasado; desde el año 8 al 14 y del 14 al 8, del 23 al 14 y del 33 al 20, del 36 al 12 y del 37 al... sábelo Dios; todos estos vaivenes, todas estas inconsecuencias toman forma material, por decirlo así, en nuestras casas, en nuestros tragos, en nuestras diversiones, en nuestros placeres, en los usos, en fin, mas indiferentes de nuestra vida privada.

Un filósofo práctico no puede dejar de ver todo esto con solo recorrer las calles de Madrid, y sin ser *Victor Hugo* ni estar acostumbrado á trasladar el lenguaje de las piedras al lenguaje vulgar, no podrá menos de reconocer estos vaivenes, esta incertidumbre en todos los objetos que hieran sus

sentidos. Ellos le ofrecerán una poblacion rica y pobre, indiferente y agitada, atrasada y progresiva, jóven y vieja, con recuerdos y con esperanzas, con fanatismo y con filosofia; mezcla, en fin, de lo delicado y lo grosero, de las épocas que pasaron y de las que van á suceder.

Puede que haya alguna ecsageracion poética en este aserto; pero yo veo todo esto y algo mas en las calles de Alcalá y de Lavapies, de la Montera y del Barquillo, de san Anton y de Carretas. Pero ¿qué digo? sin salir de la mia pudiera presentar á mis lectores un compendio que bastará á probar *ex ungue leonem*; y por cierto ya que he nombrado *mi calle* no quiero renunciar á trazar este ligero *vervigratia*, este prospecto sustancial, siquiera parezca impertinente y como traído á mi intento por la cabellera.

Figúrese, pues, el que guste acompañarme, una calle que sin ser elegante ni bulliciosa de suyo, participa de la influencia de dos de las principales de Madrid, á quienes sirve de paso y comunicacion. Con solo salir de una de estas y dar un paso en la mia, ya se han retrogradado dos siglos; ya se ha constituido el viajero no diremos en el Madrid de los Moros, pero al menos menos en el de Cervantes y Calderon. Las anchas y cómodas aceras *camino real de Pontejos*, no han penetrado aun en este modesto recinto, ni lo permite su estrechez y torcida direccion, semejante en lo indecisa á la que llevamos en lo que va de siglo; un

empedrado menudo, vacilante y desigual, forma la base de su sistema; algunas de sus casas, aparentando marchar con el siglo, elevan su cándida frente sobre los edificios estacionarios que las rodean, y el lujo y la juventud de aquellas contrasta singularmente con la decrepitud y desaseo de estas; unas y otras, empero, por su forma respectiva favorecen ya al esplendor, ya á la miseria de sus habitantes, y de aqui el que los efectos del ya citado contraste se estiendan no tan solo al aspecto físico de las casas, sino tambien á las inclinaciones, usos, y condicion moral de sus pobladores.

Para proceder con el orden debido, ó lógicamente, como dicen los escolásticos, podemos tomarnos la molestia de penetrar por una de las entradas de la dicha calle, deteniéndonos segun conviniere en aquellos objetos mas marcados. Por de pronto se nos presenta interrumpida la línea general de las casas por dos ó tres de ellas que intestan algunos pies mas retiradas que las demas, lo cual sin duda debió originarse de algun plan de desahogo y de mejora de esta calle que existiria en los tiempos antiguos, y que como todos los planes de mejora que se forman en España, fue abandonado despues. Este ligero desnivel forma lo que en Madrid se llama una plazuela, bien que (sea dicho en verdad) tan incógnita, que aunque con su rótulo y todo, se escapó á la solícita averiguacion del último corregidor de la villa. Ustedes, señores lectores, querrian que yo aqui

compulsase el dicho rótulo, aunque no fuera mas que para sacar el ovillo por el hilo, y averiguar de esta manera la calle que hoy me toca sacar á la escena; ¿pero no conocen ustedes que esto sería demasiada candidez, candidez semejante á la del pintor de Orbaneja, ó á la de aquel otro que habiendo trasladado en su lienzo á san Anton, y á su indispensable compañero, puso debajo para evitar dudas indiscretas: "Este es san Anton, y este otro es el cochino?" Yo, en fin, no he de revelar el nombre de mi calle, sino dar tales señas de sus facciones, que aquel que la conozca no pueda menos de esclamar "Esta es."

Volviendo á la plazoleta de su entrada, no hay que alegar de su inutilidad, pues que sirve de comun patrimonio á un herrador, á un carbonero, y á una cabrería, los cuales alternan armónicamente en su tranquila posesion, segun las horas del dia, á saber: el carbonero durante las primeras de la mañana procediendo al descargo y encierro de las seras del carbon, operacion atlética en que los robustos asturianos ofrecen gratis un espectáculo no menos prodigioso que el de los señores *Darrás* y *Manche*; el herrador en lo restante del dia usa de la plazuela acondicionando bestias de toda especie; y el cabrero al anochecer, como es uso y costumbre en toda égloga, echando á pacer las mansas cabrillas no ya *la yerba aljofarada*, sino los pedazos de tachuela, y los desperdicios del cisco.

Una taberna (con perdon) sale al paso, y detendria al menos aficionado sino fuera por otras tres ó cuatro que se disputan con ella el surtido de la calle; pero cuenta, que la que hablamos es taberna filosófica, con dos puertas como el templo de Jano, la una de paz, la otra de guerra; una pública y ostensible, otra disfrazada en un portal, ¡y qué portal! portal-*passage* que comunica con una calle principal y con una oficina, y luego por la parte de arriba huéspedes, y qué sé yo cuántas cosas. ¡Feliz situacion de establecimiento!

“¡Si es ó no invencion moderna  
vive Dios que no lo sé!  
pero delicada fue  
la invencion de *esta* taberna.”

Las casas nuevas y renovadas se ostentan por lo general en la acera izquierda; la derecha la ocupan las accesorias de dos establecimientos públicos, el uno *financiero*, el otro *artístico*; aquel concurrido, este solitario; este demostrando en su lúgubre manto el miserable estado de las artes en España, aquel dando á conocer en su animacion la tendencia y objeto de este siglo *del oro*. Uno y otro á decir la verdad podrian haberse ido á situar en otra parte, y no venir á oponerse á la propagacion de nuestras luces: afortunadamente para el último tercio de la calle, ciertas tapias de un convento de monjas favorecen á la claridad del fren-

te, mácsime despues que la revolucion ha venido á batir las cataratas ó pantallas de los balcones; esto en cuanto á la vista; en cuanto al olfato, no nos falta regalo á los vecinos de la tal calle, teniendo á mano la seccion central del diabólico invento de Sabatini; mas allá brinda mil placeres al gusto un establecimiento gastronómico de seis reales arriba; tres ó cuatro barberos oportunamente colocados se encargan por su parte de asegurar al oido las mas punzantes sensaciones; y por último, algunas cortinillas vergonzantes dejan adivinar otros estímulos al mas perseguido y envidioso de los sentidos.

De todo hay, pues, en esta enciclopédica calle; lujo é indigencia, clásico y romántico, virtudes y hierro, oro y estiercol; y todo en cuatro pasos como quien dice, y en estos cuatro pasos, que dan ustedes todos los dias, señores lectores, distraidos é indiferentes, no habrán hecho alto en el bullicio de las tabernas, ni en el silencio del convento, ni en la desentonada vihuela y la seguidilla del entresuelo, ni en el armónico piano y la *preghiera* del principal, ni en la carretela parada á una puerta, ni en la sabatina que sale por otra, ni en los cabritillos que triscan, ni en los muchachos que retozan, ni en las casas al estilo de Lóndres, ni en las otras al estilo de Leganés, ni en los empleados que entran, ni en los que salen, ni en los huéspedes forasteros, ni en los habitantes indígenas, ni en la elegante romántica de la edad media,

ni en la compaseada manola de la mantilla de terciopelo, ni en los dichosos del día, ni en los desdichados de la noche, ni en nada, en nada, en fin, de lo que constituye este variado espectáculo, este cuadro de fantasía que llamamos... — ¿Su calle de usted? — Sí, señores lectores, la de ustedes, la mía; cualquiera de las calles de Madrid; se entiende, del Madrid de 1837.



# El día de Toros.



## I.

En la parte mas intrincada y costanera del antiguo y famoso cuartel de Lavapies, siguiendo por la calle de la Fé, como quien se dirige á la parroquia de san Lorenzo, y revolviendo despues por la diestra mano para ganar una altura que se eleva sobre la izquierda, hay una calle, *de cuyo nombre no quiero acordarme*, que tiene por apéndice oriental un angosto y desusado callejon, *de cuyo nombre no me acordaria aunque quisiera.*

Entre esta calle y este callejon, y formando en escuadra los límites ordinarios de ambos, descuella sobre las inmediatas un caseron de forma ambigua, tan caprichoso y heterogéneo en el orden de sus fachadas como en el de su distribucion y mecánica interior. El aspecto de la primera de ellas, que sirve á la calle principal, no ofrece ni en la forma de su entrada, ni en la triple fila de balcones, ninguna discordancia con la de los demas edificios que pueblan el casco de esta noble



capital; antes bien, sujeta en un todo á las formas autorizadas por el uso, encubre con el velo de cándida vestal (inocente disfraz harto comun en las casas de Madrid) deformidades y faltas de mas de un género. Por el opuesto lado es otra cosa; el color primitivo de la pared, en que la azarosa mano del tiempo ha impreso todos sus rigores, la combinacion casual de ventanas y agujeros, el alero prolongado, el estrecho portal, y mas que todo la estravagante adición de un corredor descubierto y económicamente repartido en sendas habitaciones ó celdillas, prestan al todo del edificio un aspecto *romántico*, que revela su fecha y el gusto de la época de su construcción.

El interior de esta mansion no es menos fecundo en halagüeños y significativos contrastes. Cualquiera que entre por la escalera principal no advertirá en la respectiva colocacion de las puertas de cada piso notable disparidad con lo que está acostumbrado á ver en las demas casas de Madrid, y costárale trabajo persuadirse de que en esta puedan encontrar habitacion independiente sesenta y dos familias, que puesto que habitantes de un mismo pueblo, de un mismo barrio, de una misma casa, representan ocupaciones, gustos y necesidades tan distintos entre sí, como son discordantes los guarismos que forman el precio de su alquiler. Empero esta duda cesará de todo punto si guiado por la natural curiosidad, acierta á traspasar el límite que separa la aristocracia de

la tal casa, de la parte que constituye su tripulación popular.

Preséntasele, pues, para este paso al nuevo Magallanes, un nuevo estrecho ú pasillo que le conduce desde el piso segundo al cuadrado patio, en torno del cual se ostenta el abierto corredor de que arriba dejamos hecha mencion. La multiplicidad de las puertas de las viviendas que interrumpen el lienzo causárale por el pronto alguna confusion; pero muy luego adoptará por brújula para navegar en tan procelosos mares los sendos números que mirará estampados sobre cada una de aquellas. Por último, si limitado al objeto de mero descubridor buscára la salida de aquel archipiélago, y su comunicacion con la calle, no será para él objeto menor de admiracion el encontrarla directamente á aquella altura (el piso segundo) por la parte del callejon escusado; notable desnivel de algunos sitios de Madrid, que permite á varias de sus casas tan estrambótica construccion.

## II.

En el intrincado laberinto que queda bosquejado, todo era animacion y movimiento uno de los pasados lunes en que, segun la piadosa y antigua costumbre, celebraba la Junta de hospita-

les una de las funciones de la temporada en el ancho circo de la puerta de Alcalá. Era *dia de toros*, y los que conocen la influencia de estas palabras mágicas para la población madrileña, pueden calcular el efecto producido por semejante causa en las trescientas setenta y dos personas que por término medio pueden calcularse cobijadas bajo aquel techo.

El movimiento, pues, estaba á la orden del dia, y por emblema de él ostentábase á la puerta principal un almagrado coche de camino, abierto y ventilado por todas sus coyunturas, y arrastrado por seis vigorosas mulas, cubiertas las colleras de campanillas y cascabeles, al paso que por la puerta del costado dejábanse contar hasta cuatro calesines de forma análoga, dirigidos por mitad entre los menguados caballejos de sus varas y los despiertos mancebos de sombrero de cururucho, cinto y marsellés.

Del ya referido coche acababa de desembarcar un apuesto caballero, ni tan viejo que ostentase blanca cabellera sobre su frente, ni tan jóven que se hallara comprendido en el último alistamiento militar. Y mientras atusándose el pelo dictaba desde el portal las órdenes convenientes al cochero, era, sin advertirlo, el objeto de la curiosidad general de entrambas calles, en cuyos balcones y ventanas el ruido del coche había hecho aparecer multitud de espectadores de todos secos y condiciones.

— Oyes, Paca, la del número 12, ¿conoces á ese señor de tantas campanillas que se ha apeado en tu portal? — Toma si le conozgo: ¡si es mi casero el percurador! ¡todos los domingos me hace una vesita por el monís! — ¡Fuego, hija, y qué casero tan aquel, que viene á visitar en coche á sus inquilinos! — Yo le diré á usted, seña Blasa, me explicaré; lo que es por la presente no viene á por cuartos, y en tal caso no son de cobre por cierto. — ¿Trampilla tenemos? ay, cuenta, cuenta, hija, que no hay como escuchar para aprender; apostaré á que lo dices por cierto sombrerillo de raso que veo asomar por entre las cortinas del principal. — Pues... ya me entiende usted... ¡ay Jesus, y qué encapotado está el tiempo! — No temas, muchacha, que pronto cambiará. — Diga usted, madre Blasa, usted que endiña desde hay la muestra, ¿á cuántos apunta el reloj? — Dos en punto, sino veo mal. — Pues punto y coma, que hay moros en la costa y salvages en portillo.

— ¡Qué lengua, qué lengua, seña Paca! — Calle, tio Mondongo, ¿usted está ahí? ¿y quién le mete á usted en la conversacion de las personas? Mas le valiera cuidar de su tia Mondonga y de su hija, que no entrarse donde no le llaman. — Me llaman y me importa, seña Paca, que al cabo soy hombre de ley, y no puedo ver esos tiruleques. — ¡Ay Jesus, llamar al abogado de probes para que se lo cuente á su señoría! — Pues

tengo mil razones, y mi conciencia es conciencia, y ¡digo! ahí que no es nada; estar sacando al aire, como quien no dice la cosa, los trapos de nuestro casero don Simon Papirolario, honrado percurador, administrador judicial por la justicia de esta casa de mostrencos. — El mostrenco será él, y usted que le abona; vaya usted á decírselo de mi parte, y que le baje el cuarto, que harto subido está sobre el tejao.

— Dice bien el tío Mondongo, Pacorra; ¿qué tienes tú que meterte en cuidiaos ajenos, y si don Simon vesita á la seña doña Catalina, y si viene por ella para llevarla á los toros, y si la viste y la calza y la da de comer, y el cuarto de valde, y si es casao y con tres hijos que deja en casa, y si doña Catalina tiene otro cortejo por otro lao, y si... en fin, cada uno se gobierna como puede, y á quien Dios se la dió, san Pedro se la bendiga. — Que se la bendiga en buen hora, mario, y á tí te dé magin para echar sermones, y á mí paciencia para oírlos; pero ahora que me acuerdo, ¿no ha venido todavía tu compadre? — Mi compadre estará legítimamente ocupao, que es el que pone el hierro á las banderillas. — No digo ese, sino el Chato, que tiene que venir por mí para llevarme á los toros. — Ese no es mi compadre, canalla, que es el tuyo; y si no fuera por armar un escándalo, no te dejaria ir con él. — Calla, mal genio, que no te quedarás en casa, y puedes irnos á esperar á la vuelta á la taberna de la Al-

fonsa. — Bien sabe Dios que solo la necesiaá... — Tiene cara de herege, Juancho, y tú no la tienes mejor por cierto.

— Eh, hombre, ¡cuidao! ¿Dónde diablo vas á pasar? — Adonde quiero, y puedo; y háganse toos á un lao de la calle, y dejen á mi carroza la puerta franca. — Pues nosotros hemos llegado antes. — Pues yo llego siempre á tiempo, y... hola... muchacho, aguija la bestia, y que salte sobre esas otras. — Huii... soo... ráa... iak... eh... atras... — Vaya, señores, ahora que estamos acomodados, la paz, y caa uno se espere mientras me apeo, que ya saben que soy hombre de malas pulgas. —

Y aqui un sordo murmullo de reniegos y juramentos, reconcentrados por aquella prudencia que dicta el miedo, acompañó respetuosamente al descenso del *Chato*, que era el que en tal momento se apeaba de su carroza de dos ruedas.

### III.

Ya nos han dejado solos, tio Mondongo, á mí con los puntos de mi calceta, y á usted con su banquillo y su piedra; á mí echando al aire mis arrugas, y á usted asomando los cuernos al sol. — ¡Qué quiere usted, seña Blasa, la juventu es juventu, y nosotros... — Usted será el viejo, que yo á Dios gracias todavía tengo mi alma en mi

almario, y mi cuerpo donde Dios me lo puso, y si no fuera por el hambre del año 12 que me hizo caer los dientes y el pelo, todavía era negocio de salir á la plaza á echar una suerte; pero dejando esta plática y viniendo á lo del dia, ¿sabe usted que se me hacian los dientes, digo las encías, un agua pura al ver la alegría de nuestra gente? — Ello dirá, tia Blasa, ello dirá; y tras del dia viene la noche, y al fin se canta la gloria. — Vaya, hombre, que no parece sino que viene de casta de disciplinantes; ¿pues qué mal hay en que la gente se divierta y se ponga maja? pero á propósito, ¿sabe usted que la Paca iba que ni una reina de Gito con aquel guardapiés encarnado, y delantal de flores, y medias negras caladas hasta la liga, y pañuelo amarillo, y roete de cesto, y mantilla al hombro? Cierto que el Chato es hombre que lo entiende, y que no hace mal el tio Juancho en tener paciencia. — Chito, tia Blasa, que las paredes oyen. — ¡Qué! tio Mondongo, si aqui no nos oyen mas que las golondrinas. — Pues una vez que es así, sepa usted (y dejemos un rato el mandil, que de menos nos hizo Dios, y la noche diz que se ha hecho para dormir y el dia para descansar), sepa usted, pues, como iba diciendo, que luego que se marcharon todas las calesas, y en ellas los ya dichos y el Berreque y la Curra, con Malgesto el banderillero, Lamparilla, con la muger del herrador, y este con la hija del alguacil, y despues que nos que-

damos solos yo y mi chica (que es una muchachá que ni pintada, y que no quiere ir á los toros por mas que la pedrico), vino el dengue, el filé, el lechuguino de los bigotillos y la pera, y miró al balcon del principal; se acercó callandito á la rejilla de la escalera, y dió dos golpecitos, y le abrió la vieja, y allá se coló; con que si viene el percurador ¿sabe usted que es lance? — ¡Ah, ah, ah! — Ello dirá, señora Blasa, ello dirá. — Pero dígame usted, ¿qué ruido infernal es ese que salió hace un rato por ese bujero del diablo? — Qué quiere usted que sea, los siete chicos de la tuerta que se han quedado solos, y estan jugando al toro con un gato en la guardilla del rincon. — ¡Pobres criaturas! pero en fin, ellos podrán dejar las divisas cuando quieran, mientras que su pobre padre... — Pues no pára ahí lo mejor, sino que la puerta del ebanista está abierta, y hay quien sospecha del barbero de en frente, que ha sido aprendiz de herrador, y así parece hecho para afeitar barbas como para rapar la bolsa al prójimo. — Yo no queria decirlo á usted, pero me parece que cuando estaba comiendo vi salir una caña por cierto agujero que encaminándose á la guardilla de la Paca, engancho por su propia virtud en los pañales que estaban colgados; pero no lo quisiera afirmar, porque como mi vista es débil, y luego los antojos se me quebraron la otra noche leyendo el Bertoldo... — Ahora que dice usted Bertoldo, ¿no sabe usted



que el Cacasenillo del alguacil del número 13 ha dado en requebrar á la Paca, y en querérsela disputar á su marido y al banderillero, y lo que aun es mas, al matachin del Chato, que es capaz de enristrar alguaciles como el toro á los dominguillos? — ¡Ah, ah, ah...! me ha hecho usted reir con la comparacion, y á fé que es menester haber vivido años para entenderla. — El año de 89, si mal no me acuerdo. — Y es la verdad, yo estaba en la plaza, y acababa de casarme con mi marido Rodriguez (que Dios allá tenga), cuando echaron al toro dominguillos: pero á propósito de dominguillo, ¿dice usted que el lechuguino quedaba en el principal con la criada? — Pues, para mientras venga el ama con don Simon. — ¿Y está usted seguro de ello? — Toma si lo estoy. — ¿Seguro? — Seguro. — ¿Un muchacho como de 22, alto, bien plantado, bigote rubio, barbas capuchinas, pantalon colorado, levita corta y sombrerito ladeado, bastoncillo y espolines? — Ese mismo, ese mismo es. — Pues es el caso que si no veo mal paréceme que le miraba ahora mismo salir por el portal de la otra calle con una muchacha de vestido corto, color de pasa, delantal y mangas huecas, mantilla de tira, y... — ¡Qué! no, no lo crea usted, tia Blasa, si no ha quedado en casa mas moza de esas señas que mi hija. — Es que pudiera ser que acaso fuera su hija de usted. — ¿Mi hija? sí, bonita es ella; ahora quedaba allá dentro espul-

gando al dogo; Juanilla... Juanilla... ¡Diantres! no responde; voy á ver. — No se moleste usted, tío Mondongo, que hace ya rato que doblaron la esquina.

## IV.

— Perdone usted, señor alcalde, que no fue así como lo ha contao mi mario, porque él se quedó en cá e la Alifonsa durmiendo la mona y no supo naa del sucedido. — Pues diga usted cómo fue. — Yo, señor, ya ve usted, soy una probe muger y no sé espricarme de corrido; pero el señor es mi mario, y su conducta es la que usted ve, siempre borracho y sin trabajar, con que de algun modo ha de comer una y tener cuatro trapos. — Vamos al caso. — Pues al caso voy: ello es que el que tiene la culpa de todo es un amigo de la casa y muy compadre, como too el mundo sabe que llaman Malgesto, y capaz de plantar una banderilla al lucero del alba cuanto ni mas al toro; pues como iba diciendo, este tal me tenia dicho “Paca, no quiero que mires al Chato, porque si tal haces le voy á cortar las pocas narices que le quedan.” — ¡Que sí! decia yo; y como ya ve su señoría ó su merced, el gusto es gusto, y en dengun catecismo he visto el pecado *no mirarás*; yo, ya se ve, no le hacia

caso, y... — Adelante, fue usted con el otro á los toros. — Pues ahí está, porque tomó su calesa y me llevó, que yo no me fui sola, y esto cualquiera lo hubiera hecho, y señoronas conozco yo... — Al grano, al grano. — El grano es un grano de anís, como quien dice, porque el otro desde la plaza mira que te mira, no nos quitaba ojo en toa la corrida, y ponía las banderillas en cruz, y nos las juraba con unos gestos que Dios nos libre. — Pero al cabo... — Al cabo se acabó con el último toro como es costumbre, y todos nos íbamos en paz y en gracia de Dios, cuando al salir de la plaza, el Chato se desapareció no sé cómo, y yo que me esperaba encontrarle al pie de la calesa, ¿á quién dirán ustedes que encontré? pues fue naa menos que al banderillero, que diciéndome “¡ingrata! no, endina (me dijo), ¿es ese el modo de obedecer mis precetos?” — Yo le dije, pero no, entonces no dije nada, como que estaba encojida, pero solo le hice un gesto, y aun no sé si algo más. Él no me respondió más que dos ó tres juramentos y algunos reniegos, y luego agarrando á la Curra que venía conmigo la subió por fuerza á la calesa; en seguida puso una rodilla en tierra y me la presentó como estribo diciéndome por lo bajo “Paca, si no subes mato al Chato;” — yo ya ve su señoría, soy muger de bien, y no quiero la muerte de naide. — ¿Con que en fin, qué hizo usted? — ¿Qué había de hacer? *subí.* — ¿Y después? — Después fue la jarana, porque la Curra,

que para servir á su señoría es, segun dicen malas lenguas, muger de Malgesto, empezó á gruñir, y yo tambien, y él nos quiso tranquilizar y nos dió dos ó tres bofetones á cada una; pero nosotras empezamos á menudearle y á menudearnos, y ya ve usía, la defensa es natural; por último, que se espantó el caballó y por poco nos vuelca, pero en fin nos apeamos en la calle del Barquillo, y él ya habia echado á correr, y luego la Curra, y no he vuelto á saber mas de ellos. — ¿Con que nada mas tiene usted que alegar? — Nada mas. — ¿Y se ratifica usted en ello? — Me ratifico en que soy una muger de bien, incapaz de dar escándalos, sino que á veces no puede una...; pero ahora voy á quejarme yo á su señoría, que tambien tengo mi por qué. — Veamos. — En primer lugar me quejo de toda la vecindad porque me han robado todo lo que tenia en casa y dejado por puertas. — ¿Y cómo puede usted probar...? — Puedo probar que me han robado, que es lo principal; en segundo lugar me quejo de mi marido porque no me defiende en mis peligros; en tercer lugar me quejo de la Curra por catorce arañones y diez pellizcos, amen (de algunas bofetadas donde no se puede nombrar; ademas me quejo del alguacil porque se empeña en llevarme á la carcel, y todo porque le hice una mueca el dia de san Anton, que quiso requebrarme; por último me quejo de usía porque desde que es alcalde de este barrio.. — Ca-

lle usted, demonio, que ya no la puedo sufrir mas, ó por el alma de mi padre que la ponga una mordaza que no se la caiga tan pronto.

Veamos otro. ¿Usted, buen hombre, qué quejas tiene usted que proponer á la autoridad? sea breve, y yo le prometo justicia. — Yo, señor, me llamo Cenon Lanteja, alias Mondongo, tengo una hija que se llama Juanita, alias la Perla. — Adelante sin mas ribetes, seor Mondongo, que si volviere á echar otro alias, por este baston que empuño que no le baje la multa de cuarenta ducados. — Pues señor, claro, esta muchacha tan recatada se me ha ido con un lechuguino á los toros, y... — Aqui entro yo, señor alcalde; yo me quejo de ese pícaro, que despues de hacerme salir de casa de mi padre no me llevó á los toros, y sabe Dios...

— Señor alcalde, palabra. — Señor don Simon y muy señor mio, ¡qué gentecita tiene usted en casa! — Calle usted por Dios, señor, que todas son cuitas; pues ya usted sabe que en el principal tengo una parienta jóven á quien su tío, oidor de Filipinas, me dejó recomendada al morir. — Sí sí, ya lo sé todo, y sé tambien que la convida usted á los toros, y... Pues ahí voy, despues de hacer con ella los oficios de padre, ¿sabe usted con lo que me encuentro? — ¿Qué? — Ahí es nada, que al volver con ella á su casa me he hallado en la escalera á un galancete jóven, que cuando le he descubierto, me insulta, me desafia,

y... — Pues no es eso lo mejor, señor don Simon, sino que su esposa de usted, segun me ha dicho el escribano, ha estado esta mañana en mi casa á quejarse de su infidelidad, y á ponerle como quien no quiere la cosa demanda de divorcio. — ¿De divorcio? — Yo la he procurado calmar y desengañar, aconsejándola que para esto se dirija al tribunal de mostrencos, porque como usted tiene ese carácter...

Señor alcalde, señor alcalde. — ¿Alguacil? — Que vienen á avisar que á la puerta de la taberna de la tia Alfonsa se han dado dos hombres de navajadas, y han quedado los dos muy mal heridos. — ¡Ay Dios mio! ¡Ellos son! — ¡El Chato! — ¡Malgesto! — ¡Ay, ay, ay! — Orden, dijo el alcalde pegando un bastonazo en el suelo. ¿Hay aqui algun hombre bueno...? Nadie responde; pues bien, sirva usted, escribano, por esta vez, y apúnteme un prospecto de providencia...; á ver, lea usted.

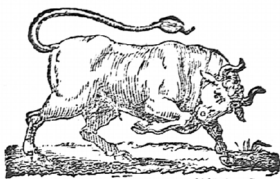
“ En la villa de Madrid, á tantos de tal mes &c., vistos, juzgamos, que debiamos mandar y mandábamos que al muerto, si le hubiere, se le dé cómoda sepultura y el herido sea conducido al santo hospital: que á la llamada Paca la Zandunga, muger del Juancho, se la encierre en galeras por dos años y lo mismo á la otra moza alias la Curra, de estado indirecto: condenamos al zapatero Mondongo á un encierro de tres meses por no haber sabido encerrar á su hija, y á esta á

las arrepentidas para que tenga tiempo de llorar sus extravíos: que á la señora del principal y al amante incógnito se les remita al cura de la parroquia para que los case, bajo partida de registro, y que cada uno de los vecinos de la casa pague diez ducados de multa; últimamente al representante de los mostrencos don Simon Papirolario, se condena en las costas del proceso y cien ducados mas, sin que esta nuestra sentencia pueda perjudicar en lo mas mínimo á la buena opinion y fama de los causantes; y hágase saber á las partes para su ejecucion y debido cumplimiento. — El señor don Crisanto de Tirafloja, maestro guarnicionero y alcalde de este barrio, lo mandó entre dos luces por ante mí el infrascrito escribano de S. M., hoy lunes 17 del corriente del año del señor de 1836. = *Gestas de Uñate.*”

Ninguno de los presentes se conformó con la sentencia, porque el juez era *lego* y no la podia dar, á pesar de que la dió, pero luego fueron ante otros jueces *profesos*, y la cosa en sustancia vino á ser la misma, con el apéndice de otros seis meses de encerrona mientras se *sustanciaba* el proceso con todos los requisitos legales.

Tal fue el resultado de aquel *dia de toros*; la riqueza pública perdió en él, es verdad, aquel tiempo y aquellos brazos; la agricultura, algunos animales destinados á su fomento; los establecimientos públicos, el fruto de la caridad y de las contribuciones; las costumbres sintieron la falta

del pudor y la decencia; y la religion el olvido de los sentimientos mas nobles y generosos; pero en cambio dos personas tuvieron ocasion de felicitar-se y salir gananciosas, á saber: la tabernera Alfonsa, y el escribano don Gestas. ¡Feliz compensacion!





## Una visita à san Bernardino.



El puro sentimiento de la beneficencia es tan natural á la especie humana, y se halla ademas tan fortalecido por los preceptos de todas ó casi todas las religiones, que el ejercicio de aquella virtud sublime ha venido á ser una ley social para todos los pueblos civilizados.

Sabias disposiciones han sido adoptadas en muchos estados con el objeto de reducir á práctica aquel sentimiento religioso, procurando conciliar en ellas, á par que el interes del indigente beneficiado, el que reclama la sociedad bienhechora; se ha querido pues que este devuelva á aquella los réditos del beneficio, libertándola de su importuna solicitud, moderando sus costumbres, y trabajando en adquirirse medios honrados de subsistir. El antiguo sistema de *hacer bien sin mirar á quien*, es mas generoso que político; las sociedades modernas han considerado justamente que los dones indiscretos hacen florecer la mendicidad, que la holganza ningun derecho tiene á ser mantenida por el trabajo ageno, y que todo el que reclame el auxilio de sus semejantes es preciso que sea á cambio proporcional del que les preste con el suyo. Tales

principios presiden hoy los establecimientos públicos de beneficencia en los países civilizados, y la experiencia demuestra la solidez del raciocinio que les dirigió.

Menguada por cierto era la idea que de la civilización de nuestra capital podíamos dar á un extranjero, cuando sus calles cubiertas de andrajosos y clamoreantes mendigos daban un testimonio positivo de la inmensa distancia que nos separaba de los pueblos adelantados en la ciencia administrativa y en la educación popular. En vano los hombres instruidos y amantes de este pueblo habían clamado de tiempo inmemorial por el remedio de tan escandaloso mal; en vano viajeros celosos, de vuelta á su país, presentaron por resultado de sus observaciones el cuadro animado de los establecimientos benéficos en las ciudades extranjeras; en vano la religión y la filantropía de algunos magnates y personas acaudaladas habían dispuesto en favor de la pública indigencia sumas considerables y creado establecimientos parciales para este objeto; en vano, en fin, el sarcasmo y envenenada hiel de plumas extranjeras, realizando atrevidamente el negro colorido de aquel repugnante cuadro, picaban en la parte más sensible el honor nacional, designándonos como avezados á la estupidez y la miseria.

Todos aquellos esfuerzos, todos estos lamentables resultados eran inútiles ante la incuria y el abandono que partiendo de las leyes se reflejaba